

## LA SUBASTA

Todo estaba preparado para comenzar la subasta del año como se calificó. Anunciada a bombo y platillo por los medios de comunicación, delante de una multitud de pujadores, objetos de todas clases esperaban empezar una nueva vida.

La incertidumbre se apoderó de mí. No sabía a dónde iba a ir a parar ni quién sería mi nuevo dueño. Todo eran especulaciones. El catálogo no era suficiente para hacerse una idea del valor de las joyas a subastar. Entre éstas me encontraba yo. Una gargantilla de oro con esmeraldas. Aparentemente no tenía nada de particular, pero lo que nadie, bueno, casi nadie sabía, era que durante años estuve colgada en el cuello de la mismísima reina. Un regalo ancestral de un desconocido amante impregnó de anónimos recuerdos a su portadora. Después empecé a pasar por múltiples y variados cuerpos, hasta que fui objeto de cambio en una partida de juego clandestino, y de ésta la Monte de Piedad.

Tenía cierta esperanza por volver a ser lucida en salones y fiestas, pero quién sabe, lo mismo mi pasado no era un buen augurio para su propietario.

La sala se llenó de gente. Pujadores y curiosos por ver cómo se repartía el botín. Cuando el subastador anunció ¡se abre la subasta!, cerré los ojos y esperé que dijera, ¡adjudicada!

## LA CENA

Alrededor de la mesa de cerezo, curtida en miles de cenas, los comensales no cesaban de celebrar las bondades del cocinero.

Todo eran alabanzas, ante los manjares que iban desfilando delante de sus papilas gustativas.

Al finalizar la cena, tomó la palabra el Presidente de la Hermandad, proponiendo repetir otra noche en el convento.

Uno de los presentes no compartió el envite, ante la extrañeza de los presentes.

- ¿Por qué? Preguntaron al unísono.

- Muy simple - respondió-. La propuesta no es repetir otra noche, sino volver todas las noches.

Propuesta aceptada, repitieron entre palmas.

